

# BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

Año 102

Enero, 1955

Núm. 1

## Sección Oficial Diocesana

### Cancillería-Secretaría del Obispado

#### **Sobre el Sacramento de la Confirmación**

##### **«in articulo mortis»**

De orden del Excmo. Sr. Obispo se recuerda los Rvdos. Párrocos y Ecónomos que hayan administrado el Santo Sacramento de la Confirmación «in articulo mortis», a tenor de las facultades que les otorga el Decreto «Spiritus Sancti munera», la obligación que tienen de enviar «singulis vicibus statim ad Ordinarium dioecesanum proprium authenticum nuntium collatae a se Confirmationis, aditis aiunctis omnibus in casu currentibus», ya que el Rvdo. Sr. Obispo ha de enviar relación anual a la S. C. de Sacramentos.

Si alguno de los mencionados Sres. no lo hubiera hecho, durante el año 1954, se le ruega que, cuanto antes, envíe a esta Cancillería Secretaría relación escrita, utilizando el modelo publicado en el B. O. E. del Obispado de 1947, págs. 102 y 103.

Léanse, con detención, las Normas publicadas en el «Boletín» de 1946, páginas 405 a 410 y se verá la obligación que tienen los Párrocos o Ecónomos de comunicar al Ordinario, «quam primum», en el término de tres días, la administración del referido Sacramento de la Confirmación.

Salamanca, 28 de enero de 1955.

**Avelino López**

Canciller-Secretario

### **Dirección del Boletín**

#### **Aviso sobre el precio de las suscripciones**

Teniendo en cuenta las subidas de estos últimos años en los trabajos de imprenta y en el precio del papel y el constante déficit en la Administración del Boletín, el Rvdo. Prelado ha tenido a bien autorizar para que, desde el presente año 1955, la suscripción del BOLETIN sea elevada a *treinta* pesetas anuales.





Se ruega a los señores suscriptores, que abonaron sus suscripciones en el mes de diciembre próximo pasado, tengan a bien enviar la diferencia para completar su suscripción de 1955.

## **Documentos de la Santa Sede**

### **Palabras de Pío XII, desde su lecho de enfermo**

*Para consuelo de los diocesanos que tanto se interesan por la salud de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII, publicamos a continuación los tres Radiomensajes pronunciados por el Sumo Pontífice desde su lecho:*

#### **1) *En la beatificación del Padre Ricardi (6 de diciembre)***

«A nuestros muy queridos hijos de la amada Roma, a quienes sentimos tan cerca de Nos en plegaria como Nos estamos cerca del Divino Maestro en nuestros sufrimientos y en el cumplimiento de su siempre bondadosa y benigna voluntad, Nos impartimos, con nuestro corazón vuelto al Señor y a la Inmaculada Virgen, nuestra paternal bendición apostólica.

#### **2) *En la clausura del Año Mariano (8 de diciembre)***

«Ante la visión de todo el mundo católico, postrado hoy como una sola familia a los pies de la Virgen Inmaculada, agradecemos al Señor el que, como sello de tanta abundancia de oraciones y obras elevadas a El en este año de gracia, haya querido de Nos, en acto de amor, el sufrimiento y el sacrificio.

Y Nos, con el dolor en los miembros, con el sacrificio en el corazón, nos alegramos de clausurar el Año Mariano, repitiendo con todos nuestros hijos esparcidos sobre la tierra:

#### **3) *Salutación de Navidad***

CIUDAD DEL VATICANO.—Su Santidad el Papa, Pío XII, felizmente reinante, ha dirigido a todo el mundo una salutación de Navidad cuyo texto es el siguiente:

«Con la sencillez de los niños, tan queridos en Jesús, nos disponemos a acoger en nuestro corazón el encanto de la Navidad y a buscar



alegría pura animada con la invitación del Apóstol: «Regocijaos en el Señor siempre... el Señor está cerca» (Fil. IV-4, 5).

El Señor está cerca. Le esperan ya los millares de belenes centelleantes de luces que manos devotas y amorosas han preparado en los templos sagrados o en la dulce intimidad de los hogares. Ha nacido ya, anunciará dentro de pocas horas, en el silencio místico de la media noche, la proclamación de la Sagrada Liturgia, haciéndose eco en la tierra del mensaje angélico de paz. Acoged también vosotros, queridos hijos e hijas del mundo cristiano, el gozo íntimo de la Navidad, abundante en santos pensamientos, en suaves transportes y tiernas esperanzas. ¡Oh, si los hombres supieran vivir durante el curso de toda su vida en el espíritu de alegría y en los sentimientos de bondad y paz que la Navidad difunde por doquier ¡Qué diferente y cuánta más feliz sería la tierra!

La Divina Providencia no nos ha permitido este año pronunciar el acostumbrado radiomensaje de Navidad, aunque lo estamos preparando en la medida que nos lo consienten nuestras condiciones de salud. Mas confiamos, con el fin de no interrumpir su ya larga serie, hacerlo público, apenas con el favor de Dios esté terminado.

Entretanto y aún en la soledad del sufrimiento, agradecido al mundo católico por las oraciones con que no han cesado de consolarnos, tenemos presente, en nuestro espíritu en estos días de paz a todos nuestros hijos esparcidos sobre la tierra y, más aún, a toda la familia humana.

Presentes en primer lugar en nuestro pensamiento, al desearles todas las gracias del Señor, están nuestros más íntimos colaboradores, los queridos miembros del Sacro Colegio de cuyos fervientes votos se ha hecho intérprete el dignísimo decano en su elocuente saludo. Presentes también están cuantos forman parte de la antecámara pontificia, la Prelatura, la curia romana y todos los que pertenecen a la familia pontificia; los pastores del rebaño de Dios en los cuidados del Episcopado y en todos los ministerios sacerdotales; las Ordenes y Congregaciones religiosas, la querida milicia de la Acción Católica, siempre vigilante con Nos en el fervor del buen combate y, asimismo, cuantos en cualquier parte de todas las clases sociales, en todas las condiciones de vida se alegran con la esperanza de que Jesús, su Redentor, será su paz en esta vida y su gozo en la eternidad.

Con afecto particular deseamos serenidad y consuelo para aquellos a quienes Jesús prefiere por haberles hecho partícipes de su Cruz; a cuantos enfermos en el cuerpo o en el espíritu, lloran solos en el mundo en medio de su pena y de su desgracia, víctimas de los hombres o de su infortunada suerte. Con el corazón sangrante imploramos los celestiales consuelos y la fortaleza heroica para todos aquellos hijos



nuestros que, arrojados violentamente a las prisiones, a los campos de concentración, se han hecho dignos de sufrir por la fe, la verdad y la justicia.

Y, finalmente, a todos los pueblos, a sus regidores, a aquellos que tienen la responsabilidad de los destinos del mundo, que este mensaje de bondad y de paz del Hijo de Dios hecho hombre, llegue y sea acogido por todos con sinceridad manifestada en obras.

En prenda de copiosos favores celestiales, impartimos a todos, en el nombre del Divino Redentor, nuestra paternal Bendición Apostólica. Que la bendición del Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros, ahora y siga con vosotros para siempre. Amén».

### **Mensaje de Pío XII al orbe católico en la Navidad de 1954**

*(Traducido por la Oficina de Prensa del Vaticano)*

«Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis»: «He aquí que yo derramaré sobre ella como un río de paz» (Is. 66, 12). Esta misma promesa, anunciada en el vaticinio mesiánico de Isaías y cumplida con significación mística por el encarnado Verbo de Dios en la nueva Jerusalén, la Iglesia, deseamos Nos, amados hijos del orbe católico, que resuene una vez más para toda la familia humana como augurio de nuestro corazón en la presente víspera de Navidad.

¡Un río de paz sobre el mundo! Este es el deseo que más asiduamente hemos alimentado en nuestra alma, por el cual con más empeño hemos orado y trabajado desde el día en que plugo a la divina Bondad confiar a nuestra humilde persona el elevado y tremendo oficio de Padre común de los pueblos, propio del Vicario de Aquel a quien pertenecen en herencia las naciones (Ps. 2, 8).

#### *Pueblos en armas*

Abrazando con una mirada de conjunto los años transcurridos de nuestro pontificado, en la parte del mandato que nos viene de la paternidad universal de que estamos revestidos, nos parece que la divina Providencia ha querido asignarnos la misión especial de contribuir a conducir de nuevo, con acción paciente y casi extenuante, a la Humanidad por los senderos de la paz.

Al acercarse la fiesta de Navidad, mientras se encendía en Nos el ansia de acudir a la cuna del Príncipe de la Paz para ofrecerle, como don el más



grato para El, la Humanidad pacificada y reunida toda ella como en una sola familia, nos fué, en cambio, reservada en los seis primeros años la amargura sin nombre de ver en torno a Nos tan sólo pueblos en armas, árrebatados por el insano furor de la destrucción mutua.

*A la guerra fría ha seguido una paz fría*

Esperábamos —y con Nos esperaban muchos— que, apagada, por fin, la excitación del odio y de la venganza, bien pronto despuntaría el alba de un período de concordia segura. En cambio, perduró aquel estado de malestar y de peligro, designado por la opinión pública con el nombre de «guerra fría», ya que en realidad poco o nada tenía de común con la paz verdadera y sí mucho con una tregua vacilante al menor choque. Nuestro retorno anual a la cuna del Redentor continuó consistiendo en una ofrenda triste de dolores y de ansias, con el deseo ardiente de sacar de ello el valer necesario para no desistir de exhortar a los hombres a la paz, indicándoles el camino justo para ella. ¿Podremos siquiera ahora, en esta decimosexta Navidad de nuestro pontificado, realizar ese anhelo? Según aseguran muchos, a la guerra fría ha sustituido lentamente un período de distensión entre las partes en litigio, cual concesión mutua de un respiro más amplio, al que se ha dado en llamar, no sin cierta ironía, con el nombre de «paz fría». Aunque reconocemos gustosos que esa distensión representa algún progreso en la fatigosa maduración de la paz propiamente dicha, sin embargo, no es aún el don digno del misterio del Belén, donde apareció la benignidad y el amor de Dios Nuestro Salvador hacia los hombres (Tit. 3, 8); contrasta demasiado vivamente con el espíritu de cordialidad, de sinceridad y de claridad que aletea en torno a la cuna del Redentor.

*No merece el nombre de paz*

¿Qué cosa significa, en efecto, en el mundo de la política la paz fría, sino la mera coexistencia de pueblos diversos sostenida por el mutuo temor y el recíproco desengaño? Ahora bien, es claro que la mera coexistencia no merece el nombre de paz, cual la tradición cristiana, formada en la escuela de las altas inteligencias de San Agustín y Tomás de Aquino, aprendió a definir, «tranquillitas ordinis». La paz fría es tan sólo una calma provisional, cuya duración depende de la sensación mudable del temor y del cálculo oscilante de las fuerzas presentes, mientras que no tiene nada del orden justo que supone una serie de relaciones convergentes hacia un fin común, justo y recto. Excluyendo, además, todo vínculo de orden espiritual entre los pueblos que coexisten tan fragmentariamente, la paz fría está muy lejos de aquella paz predicada y querida por el divino Maestro, es decir, la paz fundada sobre la unión de los espíritus en la misma verdad y en la caridad, y que San Pablo definió «pax Dei», la cual influye an-



te todo en las inteligencias y los corazones (cf. Phil. 4, 7), y se ejercita en colaboración armónica de obras en todos los campos de la vida, sin excluir el político, social y económico.

### *Defectos de esta paz.*

Por eso nos no osamos ofrecer al divido infante esa paz fría. No es la paz simple y solemne que cantaron los ángeles a los pastores en la noche santa ni menos la «pax Dei», que sobrepuja a todo sentido y es fuente de gozo íntimo y lleno (cf. ib.). Como tampoco es aquella soñada y anhelada por la humanidad actual, ya tan afligida. Con todo, deseamos examinar en particular los defectos de ella, para que de su falta y de su duración incierta surja imperioso en los rectores de los pueblos y en aquellos que pueden ejercer algún influjo en este campo el anhelo de cambiarla lo antes posible en la paz verdadera, que es en concreto el mismo Cristo. Ya que si la paz es orden y el orden es unidad, Cristo es el único que puede y quiere unir los espíritus humanos en la verdad y en el amor. En este sentido la Iglesia lo señala a las gentes con las palabras del profeta, como quien es la misma paz: «Et erit iste pax» (Mich. 5, 5; cf. liturg. off. d. N. J. C. Regis Passim).

### **I. La coexistencia en el temor**

Es impresión común, sacada de la simple observación de los hechos, que el principal fundamento en que se apoya el estado presente de calma relativa es el temor. Cada uno de los grupos en que se halla dividida la familia humana tolera que exista el otro porque él mismo no quiere perecer. Evitando de este modo el riesgo fatal, ambos grupos no conviven, sino coexisten. No es un estado de guerra, pero tampoco es de paz; es una calma fría. A cada uno de los dos grupos acucia el temor del poder militar y económico del otro. En ambos se halla vivo el recelo por los efectos catastróficos de las armas novísimas. Con angustiosa atención sigue cada uno el desarrollo técnico de los armamentos del otro y su capacidad de producción económica, mientras confía a la propia propaganda el papel de sacar partido del temor ajeno, reforzando y exagerando su alcance. En el terreno concreto de la política parece que, arrebatados los hombres después de tantas desilusiones por un colapso extremo de escepticismo, no cuentan ya sobre otros principios racionales o morales.

El absurdo más evidente que emerge en una situación tan miserable es éste: la práctica política de nuestros días, aunque por un lado teme la guerra como la mayor de las catástrofes, por otro pone en ella toda su confianza, como si fuese el único expediente para subsistir y la única que pueda regular las relaciones internacionales. En cierto modo se confía en aquello que se detesta sumamente.



### *Dónde está la verdadera paz.*

Sin embargo, semejante práctica política ha llevado a muchos, aun de entre los mismos gobernantes, a una revisión total del problema de la paz y de la guerra y a preguntarse sinceramente si la liberación de la guerra y la garantía de la paz no deben buscarse en regiones más elevadas y más humanas que la dominada exclusivamente por el terror.

De este modo se han engrosado las filas de los que se rebelan ante la idea de tenerse que contentar con la mera coexistencia, renunciando a relaciones más vitales con el otro grupo, y de verse obligados a vivir todos los días de su existencia en un ambiente de temor enervante. Por eso han vuelto a considerar el problema de la paz y de la guerra como un hecho de responsabilidad superior y cristiana ante Dios y ante la ley moral. Ciertamente, aun en este modo diverso de considerar el problema, entra el elemento temor como freno de la guerra y estímulo de la paz, pero se trata del temor saludable de Dios, garante y juez del orden moral, y por tanto, como enseña el salmista (Ps. 110, 10), del principio de la sabiduría.

### *Principios políticos inaceptables*

Trasladado el problema a este plano más elevado y únicamente digno de la criatura racional, ha vuelto a aparecer claramente lo absurdo de la doctrina que ha imperado en las escuelas políticas en los últimos decenios; esto es, que la guerra es una de tantas formas admitidas por la acción política, el desembocadero necesario y casi natural de las disensiones insanables entre dos países, y que, por lo tanto, la guerra es un hecho ajeno a cualquier responsabilidad moral. Igualmente ha aparecido absurdo e inadmisibile el principio, aceptado también durante largo tiempo, según el cual el gobernante que declarase una guerra incurriría tan sólo en un error político, si ésta se perdiese, pero no podría en ningún caso ser acusado de culpa moral y de delito por no haber conservado la paz pudiéndolo hacer.

Precisamente esta concepción absurda e inmoral de la guerra hizo vanos en las semanas fatales de 1939 nuestros esfuerzos dirigidos a sostener en ambas partes la voluntad de continuar las negociaciones. Entonces, la guerra fué considerada como un dado que había que jugar con la mayor o menor cautela y destreza, no como un hecho moral que obligaba a la conciencia y las responsabilidades superiores. Fueron necesarias las interminables hileras de tumbas y las inmensas ruinas para que se revelase la verdadera fisonomía de la guerra. No un juego de intereses más o menos afortunados, sino la tragedia, más espiritual que material, de millones de hombres; no el riesgo de algunos bienes, sino la pérdida de todos: un hecho de enorme gravedad.



## *El temor de Dios*

Llegará si en concreto los políticos, antes que pesar las ventajas y los riesgos de sus determinaciones, reconocen su personal sujeción a las leyes morales eternas y tratan el problema de la guerra como cuestión de conciencia delante de Dios. En las condiciones actuales no existe otro medio de librar al mundo de esta angustiosa pesadilla sino el de recurrir al temor de Dios, temor que no envilece a quien le da cabida en sí mismo, sino que más bien preserva de la infamia del crimen enorme que es la guerra no impuesta. Y ¿a quién podría causar admiración el que la paz y la guerra se hallen tan estrechamente unidas con la verdad religiosa? Toda la realidad pertenece a Dios; precisamente en el disociar la realidad de su principio y de su fin está la raíz de todos los males.

De aquí se sigue también con evidencia que todo empeño o toda propaganda pacifista que provenga de quien niega la fe de Dios es siempre muy sospechosa e incapaz de atenuar o eliminar la angustiosa sensación de temor, si no es que de propósito vaya encaminada a lograr un efecto táctico de excitación o de confusión.

Sólo dos perspectivas tiene delante de sí la actual coexistencia en el temor: o sube a coexistencia en el temor de Dios, y, por tanto, a convivencia de paz verdadera, inspirada y vigilada por el orden moral por El impuesto, o irá quedando cada vez más restringida a una parálisis glacial de la vida internacional, cuyos graves peligros se pueden prever ya desde ahora, porque el poner freno a la natural expansión de la vida de los pueblos podría conducir a éstos, en último término, al desesperado desenlace que se quiere evitar: la guerra. Por lo demás, ningún pueblo podría soportar indefinidamente la carrera de armamentos sin que se resienta su desarrollo económico normal con efectos desastrosos. Serían también vanos los mismos acuerdos que tienden a imponer un límite a los armamentos. Si tales acuerdos llegaran a lograrse faltando el cimiento moral del temor de Dios, se convertirían en fuente de nueva y recíproca desconfianza.

No nos queda más que el camino luminoso y deseable que partiendo del temor de Dios nos conduce con su ayuda a la paz verdadera, esa paz que es sinceridad, calor y vida, digna, por tanto, de quien nos ha sido dado para que los hombres tengamos en El vida sobreabundante (cfr. Jo. 10, 10).

## **II. La coexistencia en el error**

La «guerra fría» —y lo mismo se diga de la «paz fría»—, si bien mantiene el mundo en una escisión nociva, no impide, sin embargo, que en los actuales momentos vibre en él un ritmo intenso de vida. En realidad, se trata de una vida que se desarrolla casi exclusivamente en el campo de



lo económico. Es innegable que la economía, sirviéndose del apremiante progreso de la técnica moderna, ha alcanzado tan sorprendentes resultados con su actividad febril, que hacen prever una transformación profunda en la vida de los pueblos, aun de aquellos que hasta ahora se creían tan atrasados. Sin duda alguna, no se le puede negar el tributo de admiración por lo que ha realizado y por lo que promete. Con todo, la economía, en virtud de su capacidad aparentemente ilimitada de producir bienes sin cuento, y gracias a la multiplicidad de sus relaciones, ejerce sobre muchos contemporáneos una fascinación superior a sus posibilidades y en campos extraños. El yerro de tal confianza cifrada en la economía moderna es común también a las dos partes en que está desmembrado el mundo de hoy. Una de estas partes enseña que si el hombre ha demostrado tanto poder para crear el maravilloso conjunto técnico y económico de que se jacta, tendrá también capacidad para organizar la liberación de la vida de todas las privaciones y males que la aqueja, operando en cierta manera una especie de autorredención. En la otra parte, en cambio, gana terreno la concepción de que la solución del problema de la paz se debe esperar de la economía y en particular de una forma específica suya que es libre intercambio.

Otras veces hemos tenido ocasión de exponer lo infundado de tales doctrinas. Va para cien años que los seguidores del sistema del comercio libre se prometían maravillas de él, atribuyéndole un poder casi mágico. Uno de sus más ardientes prosélitos no dudaba en comparar el principio del libre intercambio, en cuanto a la amplitud de sus efectos en el mundo moral, con el principio de la gravedad que impera en el mundo físico. asignándole, como efectos propios, el acercamiento de los hombres, la desaparición de los antagonismos de raza, de fe y de lengua, y la unidad de todos los seres humanos en una paz inalterable (cfr. Richard Cobden, «Speeches on questions of public policy», London, Mac Millan and Co., 1870, volumen I, págs. 362-363).

### *El derecho natural y el amor mutuo*

Mas prescindiendo de esta consideración particular, es necesario tener la persuasión de que las relaciones económicas entre las naciones, en tanto serán factores de paz en cuanto obedezcan a las normas de derecho natural, se inspiren en el amor, tengan miramiento por los demás pueblos y sean fuentes de ayuda. Téngase por cierto que en las relaciones humanas, aun en las puramente económicas, nada se produce por sí mismo, como sucede en la naturaleza, sujeta a leyes necesarias, pues, al fin y al cabo, todo depende del espíritu. Sólo el espíritu, imagen de Dios y ejecutor de sus designios, puede establecer el orden y la armonía sobre la tierra, y lo conseguirá en la medida en que se haga intérprete fiel o instrumento dócil del único Salvador, Jesucristo, que es la misma paz.



Y, sin embargo, también en otro campo, aun más delicado que el económico, las dos partes que coexisten en la paz fría participan de este mismo error, se trata de los principios que informan su respectiva unidad. Al paso que una de las partes cimienta su fuerte cohesión interna sobre una idea falsa, más aun, lesiva de los derechos primarios divinos y humanos, pero, con todo, eficaz; la otra, olvidando que posee una idea verdadera, comprobada con buen éxito en el tiempo pasado, parece en cambio dirigirse hacia principios políticos evidentemente disociados de la unidad.

En el último decenio después de la guerra ha estimulado los ánimos un gran anhelo de renovación espiritual: el unificar fuertemente a Europa, partiendo de las condiciones naturales de vida de sus pueblos, a fin de poner término a las tradicionales rivalidades de unos con otros y de asegurar la defensa común de su independencia y pacífico desarrollo. Esta noble idea no ofrecía motivos de queja y de desconfianza al mundo extra-europeo en la medida en que éste miraba con buenos ojos a Europa. Además, había la persuasión de que Europa encontraría en sí misma la idea que diera vida a su unidad. Pero los sucesos posteriores y los recientes tratados, que se espera abran paso en la paz fría, no tienen ya como base el ideal de una unificación europea más amplia. De hecho, muchos creen que la alta política tiende de nuevo al tipo de Estado nacionalístico, cerrado en sí mismo, centralizador de las fuerzas, preocupado por la elección de las alianzas y, en consecuencia, no menos pernicioso que el que predominó durante el siglo pasado.

#### *Olvidos que no debieron tenerse.*

Se ha olvidado demasiado pronto el enorme cúmulo de sacrificios de vidas y bienes que ha costado este tipo de Estado y los agobiantes pesos económicos y espirituales que ha impuesto. La substancia del error consiste en confundir la vida nacional: la primera, derecho y honor de un pueblo, puede y debe promoverse; la segunda, como germen que es de infinitos males, nunca se rechazará suficientemente. La vida nacional es por sí misma el conjunto operante de todos aquellos valores de la civilización que son propios y característicos de un determinado grupo, de cuya unidad espiritual constituyen como el vínculo. Al mismo tiempo esa vida enriquece la cultura de toda la Humanidad, dándole como su contribución propia. En su esencia, pues, la vida nacional es algo no político, en tal manera que, como lo demuestran la Historia y la experiencia, puede desarrollarse junto a otras dentro del mismo Estado; como también puede extenderse más allá de los confines políticos de éste. La vida nacional no llegó a ser principio de disolución de la comunidad de los pueblos, sino cuando comenzó a ser aprovechado como medio de fines políticos; esto es, cuando el Estado dominador y centralista hizo de la nacio-



nalidad la base de su fuerza de expansión. Nació entonces el Estado nacionalista, germen de rivalidades e incentivo de diccordias.

Es claro que si la Comunidad Europea entrase por esos derroteros, su cohesión resultaría muy frágil en comparación con la del grupo que tiene enfrente. Su debilidad se revelaría, ciertamente, el día de una futura paz destinada a regular con perspicacia y justicia las cuestiones que están aún pendientes. Ni se diga que en las nuevas circunstancias, el dinamismo nacionalista no representa ya un peligro para los demás pueblos, fallándole en la mayoría de los casos la fuerza eficaz, tanto económica como militar, puesto que también el dinamismo de una potencia nacionalista imaginaria expresado más con sentimientos que con confianza y el recelo en las alianzas, impide la comprensión recíproca y, por consiguiente, la leal colaboración y la mutua ayuda, ni más ni menos que si poseyera poder efectivo.

*El vínculo común y la idea grande y eficaz.*

Y en esas condiciones, ¿qué sería del vínculo común que debería estrechar los diversos Estados entre sí? ¿Cuál sería la idea grande y eficaz que los hiciera firmes en la defensa y activos en un programa común de civilización? Algunos la ven en el rechazar concordemente el género de vida contrario a la libertad, que es propio del otro grupo. Sin duda, la aversión a la esclavitud es importarte, pero de valor negativo, sin fuerza para estimular los ánimos a la acción con la misma eficacia que una idea positiva y absoluta. Esta, en cambio, pudiera ser el amor a la libertad que Dios quiere y que está en armonía con las exigencias del bien general, o también el ideal del Derecho natural como base de la organización del Estado y de los Estados. Sólo estas o semejantes ideas espirituales, adquiridas ya hace muchos siglos por la tradición de la Europa cristiana, pueden sostener y aun superar, en la medida que fueren vividas, la confrontación con la idea falsa, pero concreta, y válida, que mantiene aparentemente y no sin violencia la cohesión del otro grupo, es decir, la idea de un paraíso terrestre, que sería un hecho apenas se estableciera una determinada forma de organización social. Por cuanto ilusoria sea esta idea, consigue crear, al menos exteriormente, una unidad compacta y dura, y la acepten las masas ignorantes, es capaz de excitar a sus miembros a la acción y llevarlos al sacrificio. La misma idea, dentro de la organización política que la expresa, da a sus dirigentes un fuerte poder de seducción, y a los adeptos, la audacia de penetrar como vanguardia entre las filas mismas del otro grupo. Europa, en cambio, espera todavía el despertar de su propia conciencia. Entre tanto, en lo que ella representa como sabiduría y organización de vida social e influjo de cultura, parece que pierde terreno en no pocas partes de la tierra. En verdad, ese repliegue se refiere a los fautores de la política nacionalista, los cuales se ven obligados a retroceder ante adversarios que han hecho propios sus mismos métodos. Especialmente en al-



gunos pueblos considerados hasta ahora como coloniales, el proceso de maduración orgánica hacia la autonomía política, que Europa hubiera debido guiar con prudencia y solicitud, se ha mudado rápidamente en explosiones nacionalistas, ávidas de potencia. Conviene confesar que también estos incendios imprevistos, que son dañosos al prestigio e intereses de Europa, son, al menos en parte, el fruto de un mal ejemplo suyo.

### III. La coexistencia en la verdad

Aunque es triste notar cómo la presente fractura de la familia humana se produjo al principio entre hombres que conocían y adoraban al mismo Salvador Jesucristo, sin embargo, nos parece fundada la confianza de que en el nombre del mismo Cristo se pueda echar aún un puente de paz entre las dos orillas opuestas y restablecer el vínculo común dolorosamente roto.

Se espera, en efecto, que la coexistencia actual acerque a la Humanidad a la paz. Pero para justificar esta esperanza debe ser en algún modo una coexistencia en la verdad. Y no se puede construir en la verdad un puente entre estos dos mundos separados si no es apoyándose en los hombres que viven en el uno y en el otro, y no sobre sus regímenes o sistemas sociales. Porque, mientras una de las dos partes, consciente o no, hace aún grandes esfuerzos por preservar el derecho natural, en cambio, el sistema en vigor en la otra parte se ha apartado completamente de esta base.

Tanto un sobrenaturalismo unilateral que no quiera en modo alguno tener en cuenta tal disposición de ánimo con el pretexto de que vivimos en el mundo de la redención y, por lo tanto, sustraídos al orden de la Naturaleza, como el pretender que se reconozca como verdad histórica el carácter colectivista de aquel sistema, como si también él corresponda al querer divino, son errores que un católico no puede en modo alguno aceptar. La recta vida es otra. En ambos casos son millones los que han conservado, en grado más o menos activo, la huella de Cristo; ellos, no menos que los fieles y fervorosos creyentes, deberían ser los llamados a colaborar para establecer una nueva base de unidad de la familia humana. Es verdad que en una de las partes la voz de los hombres que están resuelta-mente por la verdad, por el amor, por el espíritu se halla sofocada por la presión de los poderes públicos, y que en la otra hay demasiada timidez en proclamar alto los buenos deseos; pero es deber de la política de unificación el animar a los unos y hacerse eco de los otros; especialmente en aquella parte donde no es delito el combatir el error, los hombres de Estado deberían poseer una mayor confianza en sí mismos y mostrar a los otros un valor más firme en deshacer las maniobras de las fuerzas ocultas que todavía tienden a instaurar hegemonías de poder, una sabiduría más activa en conservar y acrecentar las filas de los hombres de buena voluntad, en primer lugar, de los que creen en Dios, que en gran número siguen



en todas partes la causa de la paz verdadera. Sería ciertamente una equivocada política de unificación — si no la habíamos de llamar más bien una traición— el sacrificar a intereses nacionalistas a minorías étnicas que se hallan privadas de la fuerza para defender sus bienes supremos, su fe y su cultura cristiana. Los que así obrasen no serían dignos de confianza, y no obrarían honestamente si después, cuando lo exige el propio interés, invocasen los valores de la religión y el respeto al derecho. Son muchos los que se ofrecen a preparar la base de la unidad humana. Pero debiendo ser esta base o puente de naturaleza espiritual, no están ciertamente cualificados para esta obra los escépticos y los cínicos, que, formados en la escuela de un materialismo más o menos larvado, reducen a reacciones físicas aun las más augustas verdades y los valores espirituales más altos, o los consideran como meras ideologías. No son aptos para este fin aquellos que no admiten verdades absolutas ni aceptan obligaciones morales en el terreno de la vida social. Estos últimos, que ya en el pasado, con su abuso de la libertad y con una crítica destructora e irracional, prepararon, a menudo inconscientemente, un clima favorable a la dictadura y a la opresión, se presentan de nuevo para impedir la obra de pacificación social y política emprendida bajo la inspiración cristiana. No es raro que aquí y allá levanten la voz contra los que, conscientemente, como cristianos, se interesan con pleno derecho de los problemas políticos y, en general, de la vida pública. A veces denigran también la seguridad y la fuerza que el cristiano saca de la posesión de la verdad absoluta y, por el contrario, difunden la persuasión que torna, a honra del hombre moderno y es mérito de su educación, el no tener ideas o tendencias determinadas ni estar ligado a ningún mundo espiritual.

Se olvida, entre tanto, que precisamente de estos principios se originaron las confusiones y los desórdenes actuales, y no se quiere recordar que precisamente las fuerzas cristianas, a las que ellos combaten ahora, fueron las que lograron recuperar en muchos países la libertad por ellos disipada. Ciertamente no puede esperarse que hombres de esa laya construyan el puente de la verdad o la base común espiritual. En cambio, es de temer que, llevados del oportunismo, no encuentren inconveniente en simpatizar con el falso sistema de la otra orilla y adaptarse a permanecer en él, aun arrastrados, si llegase a triunfar momentáneamente.

#### *Urge el restablecimiento universal de la paz.*

Por eso, mientras esperamos, confiados en la divina clemencia, que el puente espiritual y cristiano, ya existente de alguna manera entre ambas orillas, se haga más amplio y adquiera una consistencia más eficaz, Nos queríamos exhortar en primer lugar a los cristianos de las naciones que aún gozan del divino don de la paz a que hagan todo lo posible por acelerar la hora de su restablecimiento universal. Persuádanse, ante todo, que



la posesión de la verdad, si quedase limitada a ellos solos, como objeto de su contemplación para sacar de ella consolación espiritual, no serviría a la causa de la paz: la verdad tiene que ser vivida, comunicada, aplicada en todos los sectores de la vida.

También la verdad, particularmente la cristiana, es un talento que Dios pone en las manos de sus siervos para que con su industria fructifique en obras del bien común. A todos los poseedores de la verdad Nos queríamos preguntar, antes que lo haga el Eterno Juez, si han puesto a lucro su talento, de modo que merezcan oír la invitación del Señor a entrar en el gozo de su Padre. ¿Cuántos, aun tal vez sacerdotes y seglares católicos, tendrían que sentir el remordimiento de haber enterrado en su propio corazón éste y otros bienes espirituales o por indolencia o por insensibilidad ante las miserias humanas? De una manera particular se harían culpables si permitiesen que el pueblo quede casi sin pastores, mientras el enemigo de Dios, valiéndose de su poderosa organización, hace riza en las almas que carecen de formación suficientemente sólida en la verdad. Asimismo, serían responsables esos sacerdotes y seglares si el pueblo no experimentase y no recibiese del amor cristiano la ayuda activa que manda la voluntad divina. Ni cumplirían con su deber los sacerdotes y seglares que cerrasen voluntariamente los ojos y la boca ante las injusticias sociales que están presenciando, dando así ocasión a ataques injustos contra la capacidad social del cristiano y contra la eficacia de la doctrina social de la Iglesia, que, gracias a Dios, ha dado de ello tantas y tan manifiestas pruebas, aun en estos últimos decenios. Donde esto tuviese lugar recaería también sobre ellos la responsabilidad de que grupos de jóvenes, y aun de pastores de almas, se dejasen arrastrar en algún caso a radicalismos y progresismos erróneos.

#### *Los bienes privados, sujetos al bien común*

Consecuencias más graves causaría al orden social, y también al político, la conducta de los cristianos —ya sean de condición elevada o humilde, ya gocen de mayor o menor bienestar— que no se resolviesen a reconocer y observar sus obligaciones sociales en el manejo de los negocios económicos. Todo el que no esté dispuesto a ajustar debidamente al bien común el uso de los bienes privados, ya sea libremente, conforme a la voz de su conciencia; ya también mediante formas organizadas de carácter público, contribuye, en cuanto de él depende, a impedir la indispensable preponderancia del impulso y de la responsabilidad personal en la vida social.

Queridos hijos, agradecemos a la divina bondad que nos haya concedido una vez más el señalarnos con solicitud de padre el camino del bien; que la tierra, inundada por el torrente de la verdadera paz, cante gloria a Dios en lo más alto de los cielos, «transeamus usque Bethalem» (Luc.



2, 15). Volvamos a la cuna de la sinceridad, de la verdad y del amor, donde el Hijo unigénito de Dios, hecho hombre, se da a los hombres para que la Humanidad reconozca en El su lazo de unión y su paz. «Hodie nobis de Caelo pax vera descendit» («Off. in Nativ. Dom.» resp. ad 11 lect.). Para que la tierra se haga digna de recibirla, invocamos sobre todos la abundancia de las divinas bendiciones».

## **Documentos del Episcopado**

### **Conferencia de Rvdmos. Metropolitanos de España**

#### *Acuerdos de los mismos, como Junta Suprema de la Acción Católica Española*

La Conferencia de Reverendísimos Metropolitanos reunida recientemente en Madrid, adoptó, en su calidad de Junta Suprema de la Acción Católica Española, entre otros acuerdos, los que se transcriben a continuación:

#### *Presupuestos*

Se aprueban los presupuestos para el año 1955.

#### *Vitalización económica*

Salva siempre la autoridad de cada Prelado en su respectiva diócesis para modificarlas o adaptarlas, la Conferencia de Metropolitanos aprueba las siguientes medidas para vitalizar la economía de los organismos nacionales de Acción Católica.

*Obligatoriedad de la Tarjeta de Acción Católica.* A) Que se extiendan a todas las diócesis la obligatoriedad de la Tarjeta, aceptándose como clase mínima de diez pesetas.

*Día Nacional de la Acción Católica.* B) Que se instituya el Día Nacional de la Acción Católica y que se celebre en todas las diócesis, a ser posible, el domingo de mayo anterior a la fiesta de la Realeza de María, así como el Domingo lo hace el domingo anterior a la de Cristo Rey. El Día Nacional de la Acción Católica debe ir precedido de una campaña preparatoria, durante la cual se propague la suscripción de la Tarjeta y se trabaje para que organismos e individuos se pongan al corriente en todos sus deberes económicos. Esta preparación es muy aconsejable para evitar que la colecta viniera a sustituir, acaso con desventaja, a la adquisición de la Tarjeta y el pago puntual de las cuotas.

*Visitadores técnicos.* C) Que se ofrezca a las Tesorerías diocesanas de Tronco y de Ramas los servicios de visitadores técnicos, que les asesoren sobre la manera más eficaz de organizar la Tesorería y sus actividades recaudatoria y de contabilidad.



### *Vicepresidencia de la Junta Técnica*

La Conferencia de Metropolitanos acuerda que en la Junta Técnica seán creadas tres vicepresidencias además de la que ya existe. El presidente despachará ordinariamente con los vicepresidentes respectivos asuntos delegados en cada uno y se reserva los no delegados.

### *La J. O. A. C. se adherirá al Organismo Internacional*

La Conferencia de Metropolitanos acuerda que la J. O. A. C. Española se adhiera a la Organización Internacional de la J. O. C.

### *Sección Española de Pax Christi*

La Conferencia de Metropolitanos acuerda autorizar la Sección Nacional Española de Pax Christi, y nombra presidente de la misma al *Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valladolid D. José García Goldáraz*.

### *Consigna para el bienio*

La Conferencia de Metropolitanos acuerda como consigna de la Acción Católica Española, para el bienio de los años 1955 y 1956: «Sentir con la Iglesia, conocerla y darla a conocer».

---

## **Documentos del Poder Civil**

*DECRETO de 10 de agosto de 1954, por el que se regula la constitución de Tribunales examinadores de grado de Bachillerato para los alumnos de Seminarios y de Centros eclesiásticos de formación.*

El convenio de 8 de diciembre de 1946 entre España y la Santa Sede, ratificado por el Concordato de 27 de agosto de 1953, concedió a los alumnos de Seminarios que hubieran aprobado además del curso clásico (cinco años), el curso filosófico (tres años), el derecho a presentarse a las pruebas finales establecidas para la obtención del título de Bachiller, de acuerdo con el Bachillerato de siete cursos, entonces vigente.

Modificada por la nueva ley de Ordenación de la Enseñanza Media, de 27 de febrero de 1953, en sus artículos 98, 99 y 100, la constitución de los Tribunales que han de juzgar las pruebas de Grado, dando una participación en los mismos a profesores de los Centros donde se hayan formado los respectivos alumnos, resulta equitativo otorgar un trato análogo en favor de los estudiantes de Seminarios y otros Centros eclesiásticos de formación que, según dicho artículo 6.º del Convenio de 8 de diciembre de



1946, estén dispensados de escolaridad y sólo tienen que dar la prueba final para obtener el título del Bachillerato civil.

El artículo 19 de la ley de Ordenación Universitaria vigente excluye de la aplicación de sus preceptos a los Seminarios y otros Centros eclesiásticos de formación, dejando esta materia para una regulación especial que, de acuerdo con la Jerarquía eclesiástica, puede irse promulgando, según las circunstancias aconsejen.

Para facilitar, lo antes posible, que esos alumnos puedan rendir sus pruebas de Grado en condiciones similares, cuando menos a las de los alumnos que cursan estudios en colegios reconocidos de la Iglesia, procede dictar, de acuerdo con la Jerarquía eclesiástica, en cuanto concierne a la interpretación y aplicación de normas concordatarias, una disposición que regule la constitución de los Tribunales ante los que haya de aprobar, como remate de sus estudios, sus conocimientos de Enseñanza Media, a los efectos civiles del Grado de Bachiller.

Finalmente, el haberse reducido a seis cursos los siete del Bachillerato de 1938, aunque con el complemento del curso preuniversitario para los que aspiren a estudios superiores, la escolaridad de ocho cursos prevista para los alumnos eclesiásticos que optasen a presentarse al antiguo examen de Estado, según el plan de Bachillerato de 1938, debe quedar reducida a siete, a fin de que los que aspiran a estudios superiores puedan preparar con la escolaridad debida, después de aprobado el Grado superior, el examen que revalida la formación de dicho Curso preuniversitario.

En su virtud, a propuesta del Ministro de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros,

## DISPONGO

Artículo 1.º Los alumnos de los Seminarios y de aquellos otros Centros eclesiásticos a que se refiere el artículo 19, párrafo segundo, de la ley de Enseñanza Media, que hayan aprobado el curso clásico (cinco años), quedarán habilitados legalmente para sufrir las pruebas finales establecidas para la obtención del título de Bachiller elemental, y los que, además, aprueben dos años del curso filosófico, quedarán habilitados legalmente para sufrir las pruebas finales establecidas para la obtención del título de Bachiller superior.

Dichos alumnos podrán elegir libremente entre presentarse ante el Tribunal designado para los alumnos libres o ante un Tribunal examinador especial, constituido en la forma que a continuación se establece en este decreto.

Art. 2.º Los Tribunales especiales para alumnos de Seminarios y Centros eclesiásticos de formación se constituirán de la siguiente manera:

a) Para los exámenes del Grado elemental:



Presidente: un catedrático de Universidad o un inspector oficial de Enseñanza Media.

• Dos vocales: inspectores oficiales de Enseñanza Media.

Dos vocales: profesores del Seminario o del Centro eclesiástico de formación a que el alumno pertenezca, licenciados, uno, en Filosofía y Letras o en Grado eclesiástico equivalente, y otro, en Ciencias.

b) Para los exámenes del Grado superior:

Presidente: un catedrático de Universidad.

Dos vocales: inspectores oficiales de Enseñanza Media.

Dos vocales: profesores del Seminario o del Centro de formación del alumno, licenciados, uno en Filosofía y Letras o en grado eclesiástico equivalente, y otro, en Ciencias.

Art. 3.º Para la designación de los componentes de los Tribunales, el Ministerio de Educación Nacional, o por su delegación el rector de la Universidad del respectivo distrito, procederá de acuerdo con la Autoridad eclesiástica correspondiente.

Art. 4.º Los beneficios de la presente disposición, a efectos de la constitución de Tribunales especiales para los Grados elemental y superior del Bachillerato se aplicarán a los Seminarios y Centros eclesiásticos de formación a que se refiere el artículo 19 de la ley de Ordenación de Enseñanza Media, que acomoden los textos, programas y horarios de las disciplinas que no sean filosóficas o teológicas al plan de Enseñanza Media en España, a tenor de lo que disponen los párrafos 1.º y 2.º del artículo 6.º del Convenio de 8 de diciembre de 1946 entre España y la Santa Sede.

Dicha acomodación se acreditará mediante las oportunas certificaciones de la Autoridad eclesiástica.

Art. 5.º Queda autorizado el Ministerio de Educación Nacional para dictar las normas complementarias de aplicación del presente decreto.

Así lo dispongo por el presente decreto, dado en San Sebastián a 10 de agosto de 1954.—FRANCISCO FRANCO.—El Ministro de Educación Nacional, *Joaquín Ruiz-Giménez y Cortés*.

---

*DECRETO de 6 de Octubre de 1954 por el que se aplica el párrafo segundo del art. 30, del vigente concordato respecto a los eclesiásticos graduados en Universidades Pontificias, que quieran cursar estudios en las Universidades Civiles.*

El Decreto de siete de octubre de mil novecientos treinta y nueve (*Boletín Oficial del Estado* de catorce de noviembre), que refundió distintas normas jurídicas anteriores, regula la convalidación en España de los títulos académicos y de los estudios parciales de cualquier grado de enseñan-



za efectuados en establecimientos docentes oficiales de países extranjeros. Como primera fuente de derecho señala los Convenios internacionales; en segundo lugar el criterio de reciprocidad y, en defecto de ambos principios, establece las normas a que habrán de someterse las peticiones de convalidación.

Establecido en el artículo treinta, número dos del Concordato entre la Santa Sede y España, de veintiséis de agosto de mil novecientos cincuenta y tres, que «los grados mayores en Ciencias eclesiásticas conferidos a clérigos o seglares por las Facultades aprobadas por la Santa Sede, serán reconocidos, a todos los efectos, por el Estado español», y viniendo obligado éste, según el artículo treinta y seis de ese mismo Convenio, a dictar las disposiciones de derecho interno que sean necesarias para la ejecución de sus estipulaciones, procede completar lo dispuesto en el referido Decreto de seis de octubre de mil novecientos treinta y nueve y aplicar sus normas a los estudios parciales o totales realizados, y a los estudios académicos conseguidos en Facultades eclesiásticas canónicamente erigidas por la Santa Sede, con lo cual recibirán éstas, como es imperativo de justicia, el mismo trato que los establecimientos docentes oficiales de otros Estados.

Por otra parte, en los Decretos de ordenación de las distintas Facultades de la Universidad española, según la Ley de veintinueve de julio de mil novecientos cuarenta y tres, se dispone que los candidatos a ingreso en cualquiera de aquellas que estén en posesión de otros grados académicos universitarios o títulos profesionales de grado superior quedarán exentos del examen de ingreso, y como esta condición concurre en los titulares de grados mayores en Ciencias eclesiásticas, conferidos por las Facultades aprobadas por la Santa Sede, según previene el citado artículo treinta del Concordato, ha de establecerse el cauce jurídico que permita dar solución satisfactoria a la situación de aquellos graduados que deseen cursar estudios de carácter civil.

Por último, habiéndose excluido especialmente de la órbita de aplicación de la vigente Ley de Ordenación de Enseñanza Media, de veintiséis de febrero de mil novecientos cincuenta y tres, según su artículo diecinueve, todo lo relativo a estudios realizados en Seminarios u otros Centros de la Iglesia destinados exclusivamente a la formación del Clero; y siendo de aplicación en esta materia los acuerdos celebrados entre la Santa Sede y el Estado español, procede que éste —previo el oportuno acuerdo con aquélla, por tratarse de interpretación y aplicación de normas concordatorias— complete sus disposiciones jurídicas internas con aquellas que sean necesarias para el mejor cumplimiento de sus compromisos internacionales.

En su virtud, a propuesta del Ministro de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros.



## DISPONGO

**Artículo primero.** De conformidad con lo establecido en el artículo treinta, párrafo segundo del Concordato entre la Santa Sede y España, de veintisiete de agosto de mil novecientos cincuenta y tres, los titulados, clérigos o seglares, con grados mayores en Ciencias eclesiásticas, contenidos por Facultades aprobadas por la Santa Sede, podrán matricularse directamente en el primer curso académico de las Facultades de las Universidades civiles, considerándoseles convalidados los estudios, títulos y pruebas de carácter previo.

**Artículo segundo.** La convalidación de estudios parciales o totales realizados en dichas Facultades eclesiásticas podrá ser obtenida al amparo de lo dispuesto en el Decreto de siete de octubre de mil novecientos treinta y nueve, previo dictamen, con carácter informativo, del Consejo Nacional de Educación.

**Artículo tercero.** Los ciudadanos extranjeros que hayan obtenido grados o realizado estudios en Facultades eclesiásticas canónicamente erigidas por la Santa Sede, podrán acogerse a iguales normas para la convalidación de sus títulos o estudios totales o parciales; pero la validez profesional de estos títulos estará sometida a lo que se estipule en los Convenios con las naciones a que aquellos extranjeros pertenezcan, o en su defecto, a lo que resulte de la aplicación del principio de reciprocidad. Subsidiariamente se aplicarán las normas contenidas en los artículos cuarto, quinto y sexto del Decreto de siete de octubre de mil novecientos treinta y nueve.

**Artículo cuarto.** Quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan a lo establecido en los artículos anteriores.

**Artículo quinto.** El ministerio de Educación Nacional dictará las disposiciones necesarias para la interpretación y ejecución del presente Decreto.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a seis de octubre de mil novecientos cincuenta y cuatro.—FRANCISCO FRANCO.—El Ministro de Educación Nacional.—*Joaquín Ruiz-Giménez y Cortés.*

## Conferencias mensuales Eclesiásticas

### MES DE FEBRERO

#### I. *Caso de Moral.*

1. *Eduardus, speciali iurisdictione ad Sorores audiendas non pollens quodam die adveniens ad celebrandum, rogatus est ab Anacleto, Sorore ostiaria, confessionem eius audire in locutorio. Respondet se libenter praeberere aures, sed in sede confessionis in oratorio. Reponit Anacleto hoc sibi impossibile videri, quia Sorores, ibidem meditationi vacantes, summopere mirarentur se extra «diem confessionum» accedere ad confessarium, nec deesse periculum suspicionum et dicteriorum etiam in animabus contemplationi vacantibus. His auditis Eduardus sinit Anacletam confiteri in locutorio, et quidem peccatum grave contra castitatem; sed eam monet se prolaturum verba absolutionis, quando ambo pervenirent in sacellum.*



2. Alio die Anacleta, in idem peccatum lapsa, per amicam Estellam, ad ianuam venientem, invitavit Eduardum ad oratorium, dum Sorores alibi versabantur, ibique confessionem fecit.

3. Eduardus autem, miseratus Anacletae, curat nuntiari per Superiorissam se cotidie praesto fore Sororibus, si quae vellent confiteri ante Missam. Proinde per aliquot momenta genuflectebat prope confessionale, quassi se praeparans ad Sacrum. Sicque plures Sorores, partim eius suavitate allectae, partim necessitate compulsae, ad ipsum accesserunt, acriter reclamante Titio, confessario ordinario Sororum, quod suas partes usurparet.

4. Ipse autem Titius, cum summa hieme sacellum valde frigidum esset, curavit crates mobiles poni in locutorio, ibique bene calefactus fervidas Sororum confessiones excepit.

II. *Documentos Pontificios*: Valores comunitarios de la Parroquia.

III. *Solución del caso anterior.*

a) Ex bello jam non oritur specialis irregularitas, sed attendenda est quae ex culpabili homicidio vel mutilatione notabili potuit adesse.

b) Privatio digiti medii et annularis manus sinistrae non videtur causare irregularitatem *ex defectu corporis*.

c) Timor ne rursus cogatur armis uti, non est impedimentum, non enim agitur de ordinario militare servitio (c. 987).

d) Ex *duello* oritur irregularitas, si homicidium vel mutilationem notabilem causavit Braulio. In omni casu etiam irregularitas *ex infamia iuris*.

e) Suppeditare media *anticoncepcionalia* non causat irregularitatem. Merum consilium *abortus* plectitur irregularitate, dummodo effectus secutus sit.

f) Stricte loquendo potest se habere tamquam filium legitimum Pauli: Ex eo quod olim *mater* protestans fuit, non oritur impedimentum nec constituit irregularitatem adscriptionem secundae usque ad duodecim annum. Utique petenda est dispensatio, ab impedimento propter religionem patris.

## **Crónica General**

### **Nombramiento de Obispo de Vitoria**

Su Santidad Pío XII se ha dignado nombrar Obispo de la Diócesis de Vitoria, al Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Peralta Ballabriga.

El nuevo Prelado alavés nació el 15 de agosto de 1911 en Híjar (Teruel), y fué alumno del Pontificio Colegio Español de San José, de Roma, donde cursó sus estudios superiores. Ordenado en Roma el 1.º de marzo 1936, ejerció cargos pastorales de cura de almas y fué Secretario de Cámara del Obispado de Huesca posteriormente. Es asimismo Ca-



tadrático de Derecho Público Eclesiástico y profesor de estudios superiores religiosos en en Zaragoza, de cuya Catedral era actualmente Canónigo. Su ferviente celo apostólico ha tenido marco dentro de varias organizaciones, de Acción Católica especialmente, en las diócesis donde ha trabajado.

### **Nombramiento de Obispo Auxiliar de Málaga**

Cen fecha 7 del mes de diciembre «L'Osservatore Romano» ha publicado el nombramiento del Rvdm. D. Emilio Benavent Escuin, Ecónomo de San Patricio, de Málaga, como Obispo titular de Cercina y Auxiliar de S. E. D. Angel Herrera, Obispo de Málaga.

El Excmo. Dr. D. Emilio Benavent, nació en Valencia el 10 de abril de 1914. Cursó la carrera de Magisterio y luego la de Filosofía y Letras, en la cual obtuvo el doctorado en la Universidad Central. Después ingresó en la Universidad de Comillas, donde cursó los estudios de Filosofía y Teología, obteniendo el grado de doctor en esta última Facultad y siendo ordenado sacerdote en julio de 1943. Ejerció el sagrado ministerio en la Diócesis de Vitoria durante un año, pasando luego a Málaga para desempeñar destacados cargos de apostolado junto con el ministerio parroquial. Posteriormente, fué nombrado Canónigo de la Catedral de Málaga y Ecónomo de San Patricio en la misma ciudad, continuando en su relevante labor en la Acción Católica como Consiliario de diversas Ramas.

### **NECROLOGIA**

#### **Fallecimiento del Excmo. Sr. Obispo de Ciudad Real**

El pasado día 23 de diciembre ha fallecido santamente en su residencia de la capital diocesana el Excmo. y Rvdm. Sr. Dr. D. Emeterio Echevarría Barrena, Obispo titular de Dora y Prior de las Ordenes Militares.

El fallecido Prelado había nacido en Arlegui (Navarra) el 3 de marzo de 1880. Había cursado los estudios eclesiásticos en el Seminario de Pamplona, obteniendo luego los grados académicos en Teología por la entonces Universidad eclesiástica de Zaragoza. Había ejercido el profesorado y altos cargos de dirección en el Seminario, el de Canciller-Secretario y luego el de Vicario General de su Diócesis. Canónigo desde 1941, había sido promovido a la Sede Prioral de Ciudad Real en diciembre de 1942.

Descanse en paz el ilustre finado.

El Excmo. y Rvdm. Sr. Obispo ha concedido cien días de indulgencia en la forma acostumbrada.

### **Anuncios**

#### **Obra Pía de Revilla de la Cañada**

Las instituciones de beneficencia particular, establecida en la Diócesis, que pretendan ser auxiliadas pecuniariamente en el año 1955, así como los sacerdotes pobres y las iglesias necesitadas, que deseen se les encomiende, respectivamente, el ofrecimiento de misas y sufragios por las almas de la fundadora, de su esposo y de los padres de ambos, presentarán instancia en la Vicesecretaría de Cámara, Palacio Episcopal, Salamanca, antes del día 28 de febrero.

Los solicitantes que hayan sido agraciados en el año anterior, no precisarán repetir la petición.